



# *Los libros de pastores: un género de éxito en el Siglo de Oro*

Cristina Castillo Martínez<sup>1</sup>

Universidad de Jaén

## **Introducción**

Hoy en día los libros de pastores no forman parte de la lectura de cabecera de muchas personas. Y no es de extrañar por cuanto se trata de un tipo de literatura que no responde a las expectativas de un lector moderno, ávido de historias que conecten -en mayor o menor medida- con su sensibilidad. Los libros de pastores forman parte de esa narrativa de ficción anterior -aunque también coetánea- a Cervantes, muy encorsetada en el idealismo renacentista y con personajes demasiado estilizados como para considerarlos verosímiles. Sin embargo, no es ésta la óptica desde la que hay que intentar comprender esta parcela de la literatura del Siglo de Oro, que tanta repercusión tuvo en el momento en que surgió. Se precisa la realización de un viaje en el tiempo para tratar de sumergirnos en la mentalidad de los lectores de los siglos XVI y XVII, inmersos en una sociedad con una problemática particular y acostumbrados a transportarse, por medio de las letras, a escenarios de singulares combates entre caballeros andantes o a las ínsulas maravillosas descritas también en los libros de caballerías.

El género se inaugura con la aparición, a mediados del XVI, de *Los siete libros de la Diana*, del portugués castellanizado Jorge de Montemayor, pero indudablemente se asienta sobre la base de una larga tradición literaria. Tanto en la Antigüedad grecorromana, como en la Edad Media o en el Siglo de Oro; ya sea en la tradición profana o en la religiosa (sintetizada, sobre todo, en la figura de Cristo como Buen

Pastor); y en todos los moldes literarios (prosa, poesía y teatro), la figura del pastor es recurrente, aunque observado desde diferentes perspectivas, y, en ocasiones, identificado o confundido con el cabrero, el boyero o el labrador. En ese recorrido por la historia literaria es inevitable la parada en los *Idilios* de Teócrito y, sobre todo, en las *Bucólicas* de Virgilio, puesto que algunas de las características más reseñables de los libros de pastores proceden de este texto. Me refiero a la consagración del pastor-poeta como protagonista, a su propensión al diálogo, al poder y a la influencia del amor bajo la consigna «*Omnia vincit Amor*», o al ocio del que constantemente disfrutaban los pastores y que les permite sufrir y hablar del amor, exentos de obligaciones.

## Caracterización del género

Pero, ¿qué son exactamente los libros de pastores? ¿De qué hablan? ¿Qué es lo que motivó su éxito? Intentar dar respuesta a estas preguntas será el objetivo de este artículo. En líneas generales, podríamos decir que se trata de aquellas obras de ficción que tienen como protagonistas a pastores, que, lejos de asemejarse al pastor real, pasan el día lamentando sus penas de amor, al son de un instrumento musical y, por supuesto, olvidados de su verdadero oficio que es el cuidado de ganado. Estos pastores son, además, filósofos, poetas y músicos por naturaleza. El sentido de su existencia es el amor. Aman, aunque no sean amados, porque, siguiendo las doctrinas del neoplatonismo de las que hace gala el primero de los textos pastoriles de la época (*Los siete libros de la Diana*, de Jorge de Montemayor), lo importante no es conseguir a la amada, sino simplemente amarla, aunque ello entrañe cierto sufrimiento. De hecho, los que sufren más son los mejores, según se afirma en *La Diana*, parafraseando los *Diálogos de amor* de León Hebreo. Otra de las características, que coincide con uno de los aspectos asiduos en el arte del Renacimiento, es la presencia y protagonismo que se le concede a la naturaleza, considerada no sólo fondo en el que transcurren las acciones, sino también un personaje más al ser testigo de los lamentos de los protagonistas. Por otro lado, esta naturaleza aparece esencializada en sus más mínimos detalles, y, sobre todo, en sus aspectos más positivos. El pastor casi siempre aparecerá refugiado bajo la fresca sombra de un árbol y a la orilla de un río; un lugar ameno que desempeñará el oficio de confesor de los males de amor de los pastores.

Curiosa resulta la estructura de este tipo de libros, puesto que no aparece un único argumento, sino que son varios los casos de amor que se plantean y que se van entrelazando para mantener el interés del lector que asiste a estas particulares historias. El comienzo «in medias res», propio de los libros de aventuras bizantinas, será tomado prestado en varios de los textos pastoriles.

No es habitual que una novela pastoril se sostenga sobre un único argumento, de la misma forma que tampoco es común encontrar protagonistas únicos, aunque en los títulos de muchos de estos libros aparezca el nombre de una pastora o de un pastor (*La Diana*, *La Galatea*, *La constante Amarilis*, *El pastor de Iberia...*) que den pie a pensar lo contrario.

## Corpus de libros de pastores

Que se trata de un género de éxito nos lo muestra a las claras el hecho de que se hayan conservado más de veinte títulos de obras que podemos considerar pertenecientes a este grupo. Sin contar con aquéllas que no podrían calificarse de libros de pastores, pero que, sin embargo, incluyen esta temática, de manera tangencial, en su interior. No se ha establecido, hasta el momento, un corpus preciso de libros de pastores, debido, seguramente, a la dificultad de adscripción genérica de muchos de los textos existentes en el siglo XVII. Intentos, no obstante, no han faltado. El primero lo llevaron a cabo Francisco López Estrada, Javier Huerta Calvo y Víctor Infantes en su *Bibliografía de los libros de pastores*. De sus páginas se puede extraer un *corpus* de más de cuarenta obras, aunque casi la mitad de los títulos allí incluidos no deberían entrar estrictamente en la categoría del género de los libros de pastores. Por un lado, porque lo pastoril convive, en igualdad, con lo caballeresco, lo bizantino, lo morisco o lo cortesano; y por otro, porque es secundario, o bien queda reducido a una mera anécdota. Es el caso de *La Criselia de Lidaceli*, del capitán Flegetonte, de la *Ausencia y soledad de amor*, de Antonio de Villegas, o de *Varios efectos de amor*, de Alonso Alcalá y Herrera, entre otros muchos. Si dejamos al margen estos títulos de dudosa adscripción al grupo, el corpus quedaría establecido de la siguiente manera:

- Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana* [Valencia, h.1559].
- Alonso Pérez, *Diana segunda* [Valencia, 1563].
- Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada* [Valencia, 1564].
- Antonio de Lofrasso, *Los diez libros de Fortuna de Amor* [Barcelona 1573].
- Luis Gálvez de Montalvo, *El pastor de Fílida* [Madrid, 1582].
- Cervantes, *La Galatea* [Alcalá, 1585].
- Bartolomé López de Enciso, *Desengaño de celos*, [Madrid, 1586].
- Bernardo González de Bobadilla, *Ninfas y pastores de Henares* [Alcalá, 1587].
- Bernardo de la Vega, *El pastor de Iberia* [Sevilla, 1591].
- Jerónimo de Covarrubias Herrera, *Los cinco libros intitulados de la enamorada Elisea* [Valladolid, 1594].
- Lope de Vega, *Arcadia* [Madrid, 1598].
- Bartolomé Ponce, *Primera parte de la Clara Diana a lo divino* [Zaragoza, 1599].
- Gaspar Mercader, *El prado de Valencia* [Valencia, 1600].
- Juan Arce Solórceno, *Tragedias de amor... del enamorado Acrisio y su págala Lucidora* [Madrid, 1607].
- Bernardo de Valbuena, *Siglo de Oro en las selvas de Erifile* [Madrid, 1608].
- Cristóbal Suárez de Figueroa, *La constante Amarilis* [Valencia, 1609].
- Lope de Vega, *Los pastores de Belén* [Madrid, 1612].
- Jacinto de Espinel Adorno, *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja* [Madrid, 1620].
- Francisco Bramón, *Los sirgueros de la Virgen* [México, 1620].
- Miguel Botelho Carvalho, *Prosas y versos del pastor de Clenarda* [Madrid, 1622].
- Jerónimo de Tejeda, *Diana tercera* [París, 1627].
- Gabriel de Corral, *La Cintia de Aranjuez* [Madrid, 1629].

- Gonzalo de Saavedra, *Los pastores del Betis* [Trani (Nápoles), 1633].
- Ana Francisca Abarca de Bolea, *Vigilia y octavario de San Juan Bautista* [Zaragoza, 1679].
- *La pastora de Manzanares y desdichas de Pánfilo* [s.l., s.a.].

Hablamos, en total, de veinticinco títulos, muchos de los cuales son prácticamente desconocidos en la actualidad. De algunos, como *La Diana* de Montemayor, la *Diana enamorada* de Gil Polo, *La Galatea* o *La Arcadia* nos queda constancia de que fueron reeditados en varias ocasiones durante el Siglo de Oro; de otros sólo se ha conservado un único ejemplar o tan sólo la noticia de su existencia. Lo cierto, en cualquier caso, es que son muy pocos los títulos de los que se han realizado ediciones modernas que permitan al investigador o al curioso adentrarse en el mundo de los libros de pastores. Para poder leerlos es preciso acudir a las bibliotecas que los albergan.

## Intentos de clasificación

La crítica, a lo largo de los años, ha intentado establecer diferentes categorías para organizar todo este material; sin embargo, ni criterios temáticos ni cronológicos proporcionan una división adecuada; de ahí la mezcla de ambos parámetros en las organizaciones que se han llevado a cabo. Tres son las principales propuestas:

Juan Bautista Avalle-Arce, en *La novela pastoril española*, clasifica los libros de pastores de acuerdo con los siguientes apartados: «Las continuaciones de *La Diana*», «La autobiografía» (*El pastor de Fílida*, *El pastor de Iberia*, *La Arcadia* y *El prado de Valencia*), «Los raros» (*La Fortuna de Amor*, *Desengaño de celos*, *Ninfas y pastores de Henares*, *El premio de la constancia*, *El pastor de Clenarda* o *La Cintia de Aranjuez*), «Los italianizantes» (*Las tragedias de amor*, *Siglo de Oro en las selvas de Erifile*, *La constante Amarilis* y *Los pastores del Betis*), «Las divinizaciones», y en una sección aparte, «Cervantes».

Juan Ignacio Ferreras, en su manual sobre *La novela en el siglo XVI*, establece una división algo distinta: «Novela pastoril pura» (*La Diana* y sus continuaciones), «Novelas que intentan combinar la autobiografía con la novela» (*El pastor de Fílida*, *La Arcadia* y *El prado de Valencia*); aquellas que tratan de apropiarse de la estructura de la novela bizantina (*La Galatea*); las que tienen conciencia de decadencia (*Desengaño de celos* y *La constante Amarilis*); «Las divinizadas»; y «Las que se teatralizan» (*La Cintia de Aranjuez*).

Mientras que Francisco López Estrada, en *La novela española en el siglo XVI*, opta por simplificar mucho más la clasificación, mezclando también criterios cronológicos y en parte temáticos: «Constitución del grupo genérico en *Las Dianas*», «La madurez de los libros de pastores», «Grandes escritores y los libros de pastores» y, por último, «Religiosidad y libros de pastores».

# *Los siete libros de la Diana*, de Jorge de Montemayor

A mediados del siglo XVI apareció en las prensas españolas un texto que ofrecía un nuevo planteamiento al lector acostumbrado a la lectura de los libros de caballerías. Llevaba por título *Los siete libros de la Diana*. De él se responsabilizaba el portugués Jorge de Montemayor, quien logró con esta obra un importante éxito de público según atestiguan las más de treinta ediciones que se hicieron a partir de entonces. El testimonio más antiguo que conservamos está fechado en 1559, aunque existe la posibilidad de la que la obra se escribiera con anterioridad.

De su autor no sabemos mucho: Fue músico, poeta, novelista y soldado. Debió de nacer hacia 1520 en un pueblecito llamado Montemôr-o-velho -cerca de Coimbra-, cuyo nombre adaptó y adoptó como apellido. Pasó gran parte de su vida en España. Es muy probable que llegara a Castilla con el séquito de la infanta doña María, hija de Carlos V y doña Isabel de Portugal. En 1552, no obstante, lo encontramos de nuevo en su país natal como aposentador de la reina. Sabemos, además, que viajó por Inglaterra y Flandes, formando parte de la corte de Felipe II, y que murió en una reyerta en el Piamonte hacia 1562. Se conjetura sobre su origen converso, aunque no hay datos suficientes para afirmar tal hipótesis.

No fue ésta la única obra que escribió. Cultivó la poesía, tanto profana como religiosa. La mejor muestra la constituyen sus cancioneros. A él se debe también la traducción al castellano de los *Cantos de amor* de Ausias March, entre otras obras.

## Trama argumental

La materia argumental de *La Diana* se organiza en siete libros, cuyo final queda abierto bajo la promesa de una continuación que jamás llevó a cabo Montemayor, aunque sí otros autores. A grandes rasgos, cuenta el relato del infeliz pastor Sireno que, tras regresar de un viaje involuntario, se entera de que a su amada Diana la han casado con Delio. Su desgraciada historia se entrecruza con la de otros pastores, componiendo un mosaico de variopintas escenas de amor: la pastora Selvagia ama a Alanio, quien, sin embargo, prefiere a Ismenia; Felismena va en busca de su amado don Felis, que la ha olvidado por Celia; y Belisa llora por la muerte de su amigo Arsileo. Todos ellos, con la esperanza de hallar solución a sus problemas amorosos, peregrinarán hacia el espléndido palacio de la maga Felicia, capaz de curar los males de amor. La sabia, por medio de la palabra o incluso haciendo uso de un filtro mágico, logrará que Sireno olvide a Diana, que Selvagia y Silvano se enamoren, o que Belisa y Arsileo vuelvan a unirse. Otros casos se resolverán por sí solos. Sin embargo, para el de Diana no habrá solución. Montemayor nunca cerró el argumento de su obra. No pasarían muchos años antes de que esta tarea la asumieran otros autores concedores del éxito que aquél obtuvo en la época. Esta trama argumental se agrupa en tres bloques:

1. Planteamiento de los distintos problemas amorosos (libros I-III).
2. Visita al palacio de la sabia Felicia (libro IV).
3. Solución a algunos de los problemas (libros V-VII).

A pesar de que en el título aparece el nombre de Diana, no es ésta, en modo alguno, la única protagonista. Por sus páginas se pasean más de cuarenta personajes cuyos nombres (Sireno, Silvano, Montano, Rosina...) nos introducen, sin posibilidad de equívoco, en el singular mundo de los pastores literarios, pues la onomástica pastoril es, como la caballescica, fácilmente identificable.

## El amor

El principal sentimiento que mueve a los pastores en *La Diana* es el amor, descrito de acuerdo a unas teorías filosóficas concretas. El amor es el desencadenante de las diferentes tramas argumentales, es el motor de las acciones y de los comportamientos de sus protagonistas. Ya sea a consecuencia de la muerte, de la ausencia o del olvido, los personajes que habitan estos campos regados por el río Esla sufrirán por amor. Todos los pastores, sin excepción, adoptarán una postura ante este sentimiento, aunque sea para oponerse a él, porque o bien han sido víctimas de su poder o bien testigos de sus efectos.

Durante el Renacimiento, la literatura prestó una especial atención al concepto de amor como resultado de la difusión de las doctrinas neoplatónicas, que llegaron a España a través de obras como los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, *El artesano* de Baltasar de Castiglione, o *Los asolanos*, de Pietro Bembo. Estas teorías propugnaban un amor ideal -del que se excluía la faceta sexual-, basado en la ascensión de lo material a lo inmaterial, fundamentado en la unión espiritual de los amantes. Tan sólo a través de la mirada, la sangre imprimía el gesto del amante en el alma del amado, produciéndose su enajenación y abriendo camino a la contemplación de la belleza universal. Ese idealismo, que está en la base de la concepción neoplatónica del amor, será el que dé sentido y otorgue particularidad a los libros de pastores.

Según se dice en *La Diana*, el amante está abocado irremediabilmente al amor y pese a que no puede hacer nada frente a él ni frente al sufrimiento que conlleva, sin embargo se somete a sus designios con placer, puesto que el dolor ennoblece al amante; de ahí que, en varias ocasiones, se llegue a afirmar que «los que sufren más son los mejores» (*La Diana*, 1997, p. 247). Todas estas ideas que responden a las teorías neoplatónicas del amor proceden, en gran medida, de los *Diálogos de amor* y algunos pasajes son adaptaciones de ésta. La misma sabia Felicia, en una conversación semejante a la que mantienen Filón y Sofía en la obra de León Hebreo, afirma que, aunque este sentimiento nace de la razón, no se deja gobernar por ella (*La Diana*, 1997, pp. 280 y ss. Máxima que dará sentido a toda la obra. De este modo lo resume Alexander A. Parker:

El amor constituye una condena del destino contra la que es inútil que el amante se debata. El sufrimiento es inseparable del amor así como un aspecto que lo ennoblece. La realización del amor no es por ello deseable, puesto que daría fin al sufrimiento exquisito y ennoblecedor del suspense .

(Parker, 1986: p. 130)

El amor idealizado que, en un principio, se defiende en los libros de pastores lleva implícita, además, la guarda de la fidelidad y la castidad. Éstos son los valores que se exigen a los pastores de *La Diana* para poder acceder al palacio de la sabia Felicia - templo de la casta Diana-, tal y como reza la inscripción que se encuentra en su entrada:

Quien entre mire bien cómo ha bivido  
y el don de castidad, si le ha guardado;  
y la que quiere bien o le ha querido  
mire si a causa de otro se ha mudado;  
y, si la fe primera no ha perdido  
y aquel primero amor ha conservado,  
entrar puede en el templo de Diana,  
cuya virtud y gracia es soberana.

(*La Diana*, 1997, p. 2.44)

## **El palacio de la sabia Felicia**

Una única vía se les presenta a los pastores como solución a sus problemas: visitar a la maga Felicia, quien, entre otras virtudes, posee la de resolver los males de amor. Así se lo hace ver una ninfa con la que topan en su deambular por los campos:

-Desamados pastores, si es lícito llamaros el nombre que a vuestro pesar la Fortuna os ha puesto, el remedio de vuestro mal está en manos de la discreta Felicia, a la cual dio naturaleza lo que a nosotras ha negado.

(*La Diana*, 1997, p. 2.05)

Los pastores, por tanto, inician, sin más dilación, su viaje en un lento peregrinar al que se irán uniendo otros personajes con las mismas necesidades. Este planteamiento recuerda al de obras como el *Pélerinage Renart*, el *Mago de Oz*, de Lyman Frank Baum, o *Los músicos de Bremen*, de los hermanos Grimm.

[...] y habiendo ido cuanto media legua por la espesura del bosque, salieron a un muy grande y espacioso llano, en medio de dos caudalosos ríos, ambos cercados de muy alta y verde arboleda. En medio de él parecía una gran casa de tan altos y sobervios edificios que ponían gran contentamiento a los que los miraban, porque los chapiteles, que por encima de los árboles sobrepujaban, daban de sí tan gran resplandor que parecían hechos de un finísimo cristal.

(*La Diana*, 1997, p. 240)

El palacio de Felicia, que surge en medio del campo pastoril, aparece ante los ojos del lector con una agradable extrañeza. Las salas ricamente decoradas con escenas mitológicas o históricas (protagonizadas por Orfeo y Eurídice, Cipariso, el Cid, Fernán González o Bernardo del Carpió) constituyen, por primera vez en la obra, un espacio cerrado. Sólo allí puede tener lugar la actuación de la maga a través del agua encantada que conseguirá, de una manera sorprendente, que Sireno olvide a Diana, que Selvagia y Silvano se enamoren, o que Belisa y Arsileo vuelvan a unirse.

La figura de la sabia Felicia de *La Diana* ha sido estudiada en un doble sentido: Primero, como reducto de los magos de los libros de caballerías; y segundo, como figura que desempeña una función exclusiva en el interior del libro de pastores, con la que se justifica. La presencia de una mujer dotada con poderes sobrehumanos que, de manera irracional, consigue aportar solución a algunos de esos amantes peregrinos debió de resultar llamativa al lector del momento que se adentrara en los deleitosos prados en los que tantos y tantos pastores lloraban sus penas de amor. Es el único caso, a lo largo de la novela, en que Montemayor se ve prácticamente obligado a recurrir al elemento sobrenatural para dar salida a una enredada trama argumental que no podría haberse resuelto de otra manera. Se podría decir, por tanto, que la aparición de este personaje y en especial las características que lo definen se justifican por pura necesidad argumental.

## Novela en clave

Los elementos que caracterizan el género de los libros de pastores, fundamentados en el idealismo de la naturaleza, de los sentimientos, e incluso a veces también de los propios personajes, posibilita que tras el disfraz pastoril se escondan personajes de la vida real.

La historia propuesta por Montemayor pudo ser, de este modo, trasunto de hechos verídicos, lo que la convertiría en una novela en clave. Se ha postulado la posibilidad de que tras el nombre de Diana se escondiese una dama de Valencia de Don Juan (León), tal y como afirma Lope de Vega en *La Dorotea*. Por otro lado, también se han querido relacionar algunos de los episodios de *La Diana* con ciertas fiestas celebradas en Binche



(Bélgica), en agosto de 1549, en honor de quien habría de ser el futuro Felipe II. La organizadora de los festejos, la regente doña María de Hungría, podría identificarse con la sabia Felicia, y su templo, con al castillo de Binche, escenario del evento, aunque nos movemos siempre en el terreno de la duda.

Sin embargo, Montemayor no participa en ese juego de ocultación de la realidad, cuando en el «Canto de Orfeo» del libro IV (un extenso poema escrito en octavas reales) elogia a algunas damas ilustres de la sociedad contemporánea, a las que se refiere con sus propios nombres.

## La naturaleza

Es cierto que la obra transcurre a orillas del río Esla, pero el escenario de la acción nada tiene que ver con la realidad. Montemayor crea una Arcadia mítica en la que la naturaleza aparece esencializada en sus más mínimos detalles (la amenidad de los campos, la sombra de los árboles, el murmullo de los arroyos...). No sólo es el marco de los acontecimientos, sino también el testigo de los lamentos de los pastores, y, además, aparece siempre idealizada, descrita como un entorno armónico ideal para el amor. El escenario sólo cambiará al llegar al palacio de Felicia, cuya descripción reconstruye una arquitectura propiamente renacentista.

El único momento en que la armonía del campo pastoril se quiebra se produce en el libro 11 con la aparición de tres personajes, descritos como salvajes, que intentan violentar a unas ninfas. Este atisbo de violencia no pasará de ser una anécdota, gracias a la inesperada llegada de Felismena, una joven ataviada de cazadora que, con su arco, les dará muerte. La presencia del mal ha quedado aniquilada. Y precisamente serán estas ninfas quienes, en agradecimiento, aconsejen a los pastores acudir al palacio de Felicia. Sólo el contraste con la fealdad puede subrayar más la belleza. En cualquier caso estos salvajes, únicos personajes negativos, están destinados a morir. Una vez que esto sucede, todo vuelve a la normalidad.

El libro termina con la promesa de una segunda parte, como ocurre también con otros libros de pastores como la *Diana enamorada* o *La Galatea*. Cuando lo cierto es que, en ninguno de estos casos, se cumple esta promesa. No dan un final concluyente, dejan una puerta abierta a la resolución de los problemas que se plantean. Es un modo de despertar el interés en el lector y crearle ciertas expectativas.

## Evolución de los libros de pastores

A partir del momento de la publicación de *La Diana* se sucedieron las reediciones, traducciones, continuaciones o imitaciones. Sólo en los siglos XVI y XVII vieron la luz

más de veinte ediciones, entre las que merece especial atención la de Valladolid (1561-1562), por incluir, al final del libro IV, la historia del *Abencerraje y la hermosa Jarifa* - el principal texto de la narrativa morisca-, con el que tal vez el autor quiso introducir un toque de variedad a lo narrado.

En 1563 apareció en Valencia la primera continuación, firmada por un autor salmantino de nombre Alonso Pérez, que retomaba la obra de Montemayor donde éste la había dejado. Un año más tarde, en 1564, Gaspar Gil Polo dio a las prensas un nuevo título que venía a engrosar el recién inaugurado género, *La Diana enamorada*. También, como Alonso Pérez, continuó la obra del portugués, pero con mejor acierto y mayor éxito que aquél. Bartolomé Ponce, por su parte, dio al relato pastoril un sesgo religioso al escribir la *Primera parte de la Clara Diana a lo divino*, en 1599, que, según su autor, surgió a partir de una conversación con Montemayor en la que le reprochó que sólo tratara asuntos profanos en su *Diana*. No obstante, el ciclo creado alrededor de este personaje concluye con la aparición, en 1627, de la obra de Jerónimo de Tejada, *La Diana de Montemayor nuevamente compuesta [...] donde se da fin a las historias de la primera y de la segunda parte*. Las pretensiones que muestra el escritor en el título y el contenido mismo del relato no han dejado indiferente a la crítica, que ha puesto en evidencia, de maneara reiterada, el elevado número de pasajes directamente plagiados de su modelo.

A partir de aquí habría que hablar de una evolución que se caracteriza por la inserción de material distinto que la va separando de sus orígenes y que desembocará en la novela del XVII marcada por un amplio grado de hibridismo.

Un ejemplo claro lo ofrece *El premio de la constancia*, de Jacinto de Espinel Adorno, en un extenso relato intercalado que cuenta cómo el joven Arsindo, tras descender por las escaleras de un edificio llamado «La mina», se ve inmerso en una curiosa aventura -poco pastoril-, en la que tendrá que desencantar al rey moro Celimo. Es la primera vez que se describe un *descensus ad inferos* dentro de una novela pastoril.

En *La Cintia de Aranjuez* Gabriel de Corral reduce lo pastoril a la artificiosa historia de un grupo de cortesanos que adoptan el disfraz de pastor para vivir en lo que ellos denominan una «fingida Arcadia».

Una muestra más de esa evolución nos la brinda un título poco conocido, *La pastora de Manzanares*, único libro de pastores manuscrito que conservamos, espesamente en verso. En la portada se indica que fue escrito por Antonio de los Caramancheles, aunque todo hace suponer que se trata de un pseudónimo. Igualmente se desconoce la fecha de su escritura, pero algunas referencias internas permiten conjeturar su adscripción al primer tercio del XVII. Lo interesante de esa obra, en la que su desconocido autor demuestra no ser muy buen poeta, es el tratamiento que concede a muchas de esas características que hoy consideramos propias de los libros de pastores. Se ve en el tono de humor con el que está escrito, así como en la tormentosa historia del desdichado Pánfilo, que ama a la hermosa Amarilis, a pesar de que le engañe con el viejo y muy rico pastor Riselo.

En tres de las novelas escritas durante el XVII, se recrea, de diferente manera, al personaje de Celestina, la alcahueta mediadora entre los amantes. El más interesante de ellos es el que ofrece el libro segundo de *La Cintia de Aranjuez*. Allí aparece una gitana

llamada Elena, ajena al mundo pastoril, que presume de poderes adivinatorios para engañar a Lisardo, haciéndole creer que le llevará hasta su amada Cintia. Algo similar sucede en *El prado de Valencia* y en *El premio de la constancia*.

La inserción del verso a lo largo de la narración en prosa, tan característica del género desde el punto de vista formal, acaba instrumentalizándose cuando algunos poetas utilizan este molde pastoril para dar a conocer sus composiciones o las de sus compañeros de academia, concediendo más importancia a lo lírico que a lo narrativo. La pastoril, por la naturaleza de su contenido, se prestaba como estructura idónea para difundir poemas y de ello se supieron aprovechar muchos autores -algunos pertenecientes a diversas academias-, haciendo de estas obras pequeños cancioneros, y desvirtuando la esencia misma del género. Los ejemplos son abundantes: Nos consta que Gaspar Mercader formó parte de la Academia de los Nocturnos y, así, en *El prado de Valencia* incluye composiciones escritas por él y por alguno de sus compañeros poetas. Por su parte, Gabriel de Corral hace de *La Cintia de Aranjuez* un repertorio de poesía, que, como él mismo declara en el prólogo, había escrito con anterioridad y no se había atrevido a publicar de modo independiente. Es más que probable que esos poemas fueran compuestos para las reuniones literarias del grupo madrileño de Francisco de Mendoza, al que perteneció. Se sabe, también, que Francisco Bramón, autor de *Los sirgueros de la Virgen*, participó en varios certámenes literarios. Gonzalo de Saavedra, en los preliminares de su obra *Los pastores del Betis*, afirma: «Eran los introducidos de baxo destes despojos pastoriles, sugetos nobles, y que los mas se juntavan en una insigne Academia, que el año 603 y 604 se estableció en Granada frecuentada de acrisolados ingenios» (ff. 2r-v). También sirven de ejemplo *Los cinco libros de la enamorada Elísea*, de Jerónimo de Covarrubias Herrera, cuyos dos últimos capítulos son una recopilación de sonetos, romances, octavas y otro tipo de composiciones poéticas; y la *Vigilia y octavario de San Juan Bautista*, una novela pastoril a lo divino, escrita por Ana Francisca Abarca de Bolea, hermana del marqués de Torres, miembro de la Academia del Conde de Lemos, a los que le unía una estrecha amistad con Vincencio Juan de Lastanosa, que albergó en su casa de Huesca un círculo literario al que acudieron escritores como Francisco Ximénez de Urrea, Francisco de la Torre o el mismo Baltasar Gracián. Y consta que participó en un certamen poético organizado por su sobrino don Luis Abarca en 1650 con motivo de la boda de Felipe IV con Mariana de Austria. Allí acudió con un poema sobre la Purificación de la Virgen con el que obtuvo el segundo premio.

## **Cervantes y Lope de Vega ante el género pastoril**

No podemos pasar por alto el hecho de que dos de los escritores más importantes del Siglo de Oro (Miguel de Cervantes y Lope de Vega) optaran por este género para adentrarse en el mundo de la narrativa de ficción. El primero lo hizo con la publicación en 1585 de *La Galatea*. Una interesante obra que habla del amor que los pastores Elido y Erastro sienten por la hermosa Galatea. Ésta, sin embargo, se muestra indiferente a sus sentimientos, hasta que un día sus padres deciden casarla con un pastor desconocido. Sobre esta historia inicial, se van tejiendo -de acuerdo a una estructura habitual en el género- otras tramas (un total de seis) que plantean los más diversos casos de amor, como el de Lisandro y Leonida, quienes se aman a pesar del enfrentamiento de sus

familias; el de los hermanos gemelos Teolinda y Rosaura, por un lado, y Artidoro y Galercio, por otro, cuyo parecido da lugar a muchos enredos; el de Rosaura y Grisaldo, obstaculizado porque ella, no así él, procede de familia humilde; o el de los dos grandes amigos, Timbrio y Silerio, que anteponen su amistad al amor cuando conocen a la bella Nísida, de la que ambos se han enamorado. Todo se resolverá finalmente con la aparición de Blanca, hermana de aquélla.

Cervantes sintió una especial atracción por esta temática, lo que le llevó a tratarla también en *El Quijote*, pues tanto en la primera como en la segunda parte introdujo varios episodios pastoriles, además de que, en el famoso capítulo del escrutinio de la biblioteca de Don Quijote, pasara revista a muchos de los títulos publicados hasta el momento. Hasta la aparición de la primera parte de *El Quijote*, son trece los libros de pastores aparecidos, o al menos conocidos. Cervantes, avieso lector, y entusiasta de la temática pastoril, al menos en un inicio, pudo conocer la mayor parte de ellos. De esos trece, nueve tienen un hueco en las estanterías del ingenioso hidalgo (*La Diana*, de Montemayor, la *Diana segunda* de Alonso Pérez, la *Diana enamorada*, *Los diez libros de la Fortuna de Amor*, las *Ninfas y pastores de llenares*, *El pastor de Iberia*, el *Desengaño de celos*, *El pastor de Fílida* y obviamente su *Galatea*). Nada dice, sin embargo, de *La enamorada Elisea*; de la *Arcadia*, de Lope, o de *La clara Diana a lo divino*. No sabemos si porque no los conocía o precisamente por ello.

El caso de Lope de Vega es particularmente interesante pues escribió dos libros de pastores. En 1598 dio a las prensas *La Arcadia*, obra homónima de la del napolitano Jacopo Sannazaro, que tanta influencia ejerció en la narrativa pastoril española. La obra está dividida en cinco libros y cuenta la relación de los pastores Anfriso y Belisarda alterada por un cúmulo de obstáculos: ausencias, malentendidos, celos... Anfriso, por medio de las artes mágicas de Dardanio, es testigo de una aparente infidelidad de Belisarda con Olimpo, lo que le llevará a cortejar a Anarda; mientras que ésta opta por casarse con Salicio, boda que celebrarán con una naumaquia, como en la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo. Cuando ambos se dan cuenta de su error, ya es demasiado tarde. Resulta curioso que Anfriso busque consuelo a sus penas de amor en la ciencia.

Catorce años más tarde, en 1612, dio a las prensas *Los pastores de Belén*. En esta ocasión trataba la temática pastoril desde una óptica espiritual, pues los protagonistas se preparan para festejar el nacimiento del Niño Dios, al que acudirán para adorarlo.

## Libros de pastores espirituales

Esta línea de pastoril «a lo divino» fue inaugurada por fray Bartolomé Ponce en su *Primera parte de la Clara Diana a lo divino*, y siguieron la estela Francisco Bramón en *Los sirgueros de la Virgen sin pecado original* o Ana Francisca Abarca de Bolea en su *Vigilia y octavario de San Juan Bautista*, publicada en 1679. Se trata de un único texto pastoril escrito por una mujer, además monja cisterciense que presenta en su obra la historia de varios pastores que festejan con juegos, bailes y canciones las vísperas de la festividad del santo. Este proceso de divinización no fue exclusivo de la literatura pastoril, sino que afectó a otros géneros, especialmente a la poesía de índole popular. Y

en el campo de la narrativa es imprescindible aludir a los libros de caballerías, que también nos brindan algunos ejemplos, como *La caballería celestial* (1554), de Jerónimo Sempere; *El caballero del Sol. Libro intitulado peregrinación de la vida del hombre* (1552), de Pedro Hernández de Villalumbrales; o el *Libro y milicia cristiana del caballero peregrino* (1601), de Alonso de Soria.

En el caso del pequeño grupo de libros de pastores espiritualizados, podemos decir que todos ellos comparten el objetivo moralizador con que han sido escritas, que afecta tanto a la prosa como al verso. Pero son diferentes entre sí. La obra del Fénix, experimentado ya en la labor de escritor de obras pastoriles, y como resultado ahora de una etapa profundamente cristiana, se aprovecha de los recursos que le brinda este género para hablar del Nacimiento de Cristo, en concreto se ha considerado un *contrafactum* de la obra que él mismo escribió catorce años antes, *La Arcadia*. En la *Clara Diana*, se aprovecha mucho más la alegoría, tratando de orientar hacia una dirección cristiana los diferentes textos de la obra de Montemayor, así como de sus continuaciones. El proceso de divinización operado en la obra de Francisco Bramón se organiza bajo el molde de la celebración de las vísperas de la Inmaculada Concepción, el mismo esquema que sigue Ana Francisca Abarca de Bolea en la *Vigilia y octavario*, esta vez con razón de la festividad de San Juan Bautista.

Los cuatro textos sirven a un mismo propósito: el de cantar y celebrar a Dios, la Virgen o algún santo, aunque lo hagan de muy diferentes maneras.

Pero, al margen de las novelas propiamente divinizadas, no hemos de pasar por alto, aquéllas que sin haber sido creadas con un objetivo claramente moralizador, sin embargo, incluyen en sus páginas algunas referencias al ámbito religioso. Juan Arze Solórzano sitúa al final de su obra, *Tragedias de amor* (1607) una serie de alegorías para cada una de sus églogas, en apartados diferentes pero a ellas referidas.

## El género y la crítica

La existencia de un corpus de obras pastoriles considerable, el conocimiento que tenemos de las reediciones y traducciones de muchos de sus títulos, así como la publicación de libros de pastores espiritualizados dan muestra de que, efectivamente, se trató de un género de éxito en el Siglo de Oro. A lo que habríamos de sumar las opiniones de moralista y de escritores sobre el género, concretado en *La Diana*. Es decir, la crítica se convierte en aval del éxito. La variada y prolija narrativa de ficción de los siglos XVI y XVII creó preocupación en muchos moralistas, que vieron en buena parte de estos libros una vía de degeneración moral, que fomentaba fuertemente la imaginación de los lectores. Los libros de caballerías fueron blanco de duras críticas, y con ellos también los libros de pastores, amén de otros géneros. En el caso concreto de la novela pastoril, los primeros comentarios surgieron a los pocos años de la aparición de *La Diana* y no sólo por parte de humanistas y religiosos, sino incluso por parte de los propios escritores, varios de ellos cultivadores, en algún momento de su vida, de la novela pastoril. El cambio que en ellos se operó es una muestra evidente de un desarrollo en la consideración de esta modalidad genérica, no sólo como opinión particular, sino posiblemente también como creencia mayoritariamente asumida. Estos

textos, no escasos, contribuyen a conformar esa visión que sobre el género pastoril se tenía durante el Siglo de Oro y, al mismo tiempo, ayudan también a reconstruir su panorama.

Uno de los comentarios críticos más conocido sobre los libros de pastores es el que dirige Cervantes en el episodio del escrutinio de la biblioteca de Don Quijote. «¿Qué haremos de estos pequeños libros que quedan?», pregunta la sobrina con celo inquisitorial. El resultado: *La Diana* de Montemayor es expurgada «de todo aquello que trate de la sabia Felicia y de el agua encantada»; la *Diana* de Alonso Pérez, *El pastor de Iberia*, de Bernardo de la Vega, *Ninfas y pastores del Henares*, de Bernardo González de Bobadilla y *Desengaño de celos*, de Bartolomé López de Enciso son condenadas al fuego. Mientras que tan sólo la *Diana*, de Gil Polo, *Los diez libros de la fortuna de amor*, de Antonio de Lofrasso, y *El pastor de Fílida* de Gálvez de Montalvo, obtienen el perdón.

Cervantes muestra una actitud ambivalente hacia lo pastoril, según nos hace ver Juan Baustista Avalor-Arce, ya que lo cultivó en la primera de sus novelas *La Galatea*, y lo retomó, tiempo después, en *El Quijote* así como en otras de sus citas, aunque no siempre desde la misma perspectiva. Alguno de sus tratamientos pone en entredicho la veracidad de lo pastoril. El ejemplo más claro es el que nos ofrece en *El coloquio de los perros*, especialmente en boca de Berganza, quien resulta sorprendido por la actitud de los pastores literarios en comparación con la de aquéllos que él conoce:

BERGANZA. -Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un «Cata el lobo dó va, Juanica» y otras cosas semejantes; y esto no al son de chirumbeles, rabeles o gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro o al de algunas tejuelas puestas entre los dedos [...]; ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílicas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antonos, Domingos, Pablos o Llorentes; por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna.

(*El coloquio de los perros. Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, vol. II, Madrid: Cátedra, 1984, pp. 308-309)

También Lope de Vega, tras escribir *La Arcadia* y *Los pastores de Belén*, volvió al tema no para desarrollarlo nuevamente, sino para ponerlo en entredicho. Lo hizo en *La Dorotea*:

DON BELA.- Porque esto de pastores, todo es arroyuelos y márgenes, y siempre cantan ellos o sus pastoras: deseo ver un día un pastor que esté asentado en banco, y no siempre en una peña, o junto a una fuente .

(*La Dorotea*, ed. José Manuel Blecua, pp. 212-213)

Y también en dos de las *Novelas a Marcia Leonardo: Las fortunas de Diana y La prudente venganza*. En ellas se burla de sus convencionalismos, con cierta ironía. Así dice en esta última:

Ya se llegaba la hora del comer y ponían las mesas -para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasión

(*Novelas a Marcia Leonarda*, ed. Antonio Carreño, Madrid: Cátedra, 2002, p. 241).

Los comentarios de escritores son bastante ilustrativos de la concepción que se tenía de estos libros, pero la opinión de los moralistas tampoco desmerece. Incluso se podría decir que es mucho más acida. A los libros de pastores se les calificará de «vino tan venenoso», como hace Malón de Chaide;<sup>2</sup> de «veneno para el alma», tal y como afirma Fray Andrés de Soto; o de «cernícalos de uñas entreveladas», como tacha Jerónimo Zurita a *La Diana* de Montemayor y a sus continuaciones, en su *Dictamen acerca de la prohibición de obras literarias por el Santo Oficio*(s. XVI). En este interesante texto, el primer cronista de Aragón habla de los «libros que dañan las costumbres», ya sean latinos o vulgares en cualquier lengua, y de nuevo existe la referencia a las mujeres, a las que toma, como ya se sabe, por el público favorito de este tipo de obras, el más frágil ante esas liviandades de las que habla:

La *Diana* de Montemayor, con otras dos que la han continuado, son cernícalos de uñas entreveladas, parte coplas, parte prosa: quisieron imitar la *Arcadia* de Sanazaro, pero infelizmente; tienen ingenio, muy poco artificio, tratan la liviandad más descubiertamente, por donde mugeres las leen mucho; libros son que se pierde poco en que no los aya .

En 1601, el monje benedictino Leandro de Granada tradujo del latín al castellano la *Insinuación y demostración de la divina piedad* de Gertrudis la Magna y, en concreto, en el *Discurso primero* que añade al capítulo I, dedicado a la vida de la santa, dice lo siguiente a propósito del provecho de libros espirituales como éste, frente a los de caballerías o pastores:

Espantóme también cómo padres cuerdos, zelosos de la honra de su casa, cierran las ventanas a sus hijas y criadas, donde es tan raro el daño, y les dexan una *Diana* o un *Orlando* en las manos, que de día y de noche al acostarse y al levantarse les enseñan mil torpezas, y tanto con mayor eficacia quanto con mayor dulçura .

(Salamanca, 1601, p. 38)

El franciscano Ortiz Lucio, en la *Carta dedicatoria* que dirige al conde de Tendilla en su *Jardín de amores santos y lugares comunes*, establece una clara oposición entre cuerpo-alma y de ahí una diferenciación entre los lectores que aumentan uno y otra:

Es muy inútil y de poco provecho la lección de las *Celestinas*, *Dianas*, *Boscanes*, *Amadis*, *Esplandianes* y otros libros llenos de portentosas mentiras. Y del abuso que Satanás con estos libros ha introducido, no se grangea cosa, sino que la tierna donzella, y mancebo, hagan de tal lección un tizón y fuego y soplo incentivo de torpeza, donde enciendan sus deseos y apetitos de liviandad .

(Ortiz Lucio, *Jardín de amores santos*, Alcalá de Henares, 1589, ff. 3r-v)

Se trata siempre de juicios negativos referidos o a obras concretas o a aspectos generales de éstas. Lo curioso es que si aluden a alguna obra, siempre será *La Diana* o, en todo caso, *La Arcadia*, de Lope de Vega, o la de Sannazaro.

En el caso concreto de los escritores, estamos ante críticas menos directas que las de los moralistas. La mayoría se refieren a aspectos precisos de la obra, ya sea por la ociosidad de los pastores -todo es «celos y amores» (*La ocasión perdida*)-, por el exceso en la descripción de la naturaleza -«todo es arroyuelos y márgenes» (*La Dorotea*), «todo es primavera, / flores, árboles y fuentes» (*El jurado en casa*)-, o por lo quimérico de su planteamiento. Los escritores insisten, sobre todo, en la inverosimilitud de estas narraciones y critican, sin ningún reparo, a quienes las escriben. Los moralistas también señalan las mentiras que incluyen pero como un elemento que puede dañar la moral. Se trata de cualquier modo, de obras que consideran poco provechosas, inútiles, por tanto, y perniciosas, especialmente para la juventud y más en concreto para las mujeres. De manera que la mayoría de estos textos viene a confirmar algo que ya se conoce y es que los libros de pastores debieron de tener un potencial público femenino bastante



considerable. No podemos olvidar que llegaron a considerarse manuales de refinados sentimientos o guías de comportamiento en sociedad.

Hoy su consideración, ya lo decíamos al principio, no alcanza más allá de los límites de la investigación y la curiosidad, y es que los libros de pastores constituyen un subgénero narrativo adscrito a un período concreto de la historia y, como tal, sólo en esas coordenadas podrá ser estudiado y comprendido.

## Bibliografía

### Textos

- Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana*, ed. Francisco López Estrada y M.<sup>a</sup> Teresa López García-Berdoy, Madrid: Espasa-Calpe, 1997.
- Antonio de Lofrasso, *Los diez libros de la Fortuna de Amor*, ed. facsímil y estudio de Maria A. Roca Mussons, Sassari-Cagliari: Cario Delfino, 1992.
- Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada*, ed. Francisco López Estrada, Madrid: Castalia, 1987.
- Luis Gálvez de Montalvo, *El pastor de Fílida*, Guadalajara: Ayuntamiento, 1994; ed. Miguel Ángel Martínez San Juan, Málaga: Universidad, 2006; ed. Julián Arribas Rebollo, Valencia: Albatros-Hispanófila Siglo XXI, 2006.
- Miguel de Cervantes, *La Galatea*, ed. Francisco López Estrada y M.<sup>a</sup> Teresa López García-Berdoy, Madrid: Cátedra, 1995.
- Bernardo González de Bobadilla, *Ninfas y pastores de Henares*, ed. Victoriano Sanearía Sanjurjo, tesis doctoral, Las Palmas de Gran Canaria: Universidad, 2002.
- Lope de Vega, *Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid: Castalia, 1975.
- Cristóbal Suárez de Figueroa, *La constante Amarilis. Prosas y versos*, ed. M.<sup>a</sup> Asunción Satorre Grau en <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/Amarilis/index.htm>
- Lope de Vega, *Los pastores de Belén*, ed. Antonio Carreño, Barcelona: PPU, 1991.
- Francisco Bramón, *Los sirgueros de la Virgen*, prólogo y selección de Agustín Yáñez, México: Universidad Nacional Autónoma, 1944.
- Gabriel de Corral, *La Cintia de Aranjuez*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, Madrid: CSIC, 1945.
- Ana Francisca Abarca de Bolea, *Vigilia y octavario de San Juan Bautista*, edición, introd. y notas de M.<sup>a</sup> Ángeles Campo Guiral, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.
- *La pastora de Manzanares y desdichas de Pamphilo*, ed. Cristina Castillo Martínez, Salamanca: Universidad (Colección Textos Recuperados), 2005.

## Bibliografía básica

- AVALLE-ARCE, Juan Bautista, *La novela pastoril española*, Madrid: Istmo, 1974. Referencia indispensable para el estudio de este subgénero narrativo, a pesar de que, desde entonces, se haya enfocado desde otras perspectivas. Aborda el análisis de la tradición y la crítica, de los precursores, para después analizar cada uno de los títulos.
- CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina, *Antología de libros de pastores*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2005. Recopilación de fragmentos de los veinticinco títulos que componen el corpus de los libros de pastores con una breve semblanza de cada uno de los autores, así como con indicación de las ediciones y la bibliografía conocida hasta el momento.
- GERHARDT, Mia, *La Pastorale: Essai d'analyse litteraire*, Assen: Van Gorcum, 1950. Uno de los primeros estudios de conjunto sobre la pastoril. Estudia su desarrollo en Italia, España y Francia.
- IVENTOSCH, Hermán, *Los nombres bucólicos en Sannazaro y la pastoral española. (Ensayo sobre el sentido de la bucólica en el Renacimiento)*, Valencia: Castalia, 1975.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, *Los libros de pastores en la literatura castellana*, Madrid: Gredos, 1974. Obra fundamental para el conocimiento de este subgénero narrativo, con información sobre los precedentes, la crítica... Nace como «órbita previa» de un segundo volumen dedicado al estudio de cada uno de los títulos, que no se ha llegado a publicar.
- —, *et alii, Bibliografía de los libros de pastores*, Madrid: Universidad Complutense, 1984. Reúne información bibliográfica muy interesante sobre los más de cuarenta títulos que se consideran pertenecientes al género. Siguiendo un orden cronológico, se atiende a criterios temáticos, así como a ediciones y traducciones.
- —, «Los libros de pastores», en *La novela española en el siglo XVI*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2001, pp. 127-215.

## Bibliografía suplementaria

- ARREDONDO, M.<sup>a</sup> Soledad, «Las críticas a los libros de pastores; de la ironía a la parodia», *Duenda*, 6 (1987), pp. 349-358.
- CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina, «*La pastora de Manzanares y desdichas de Pánfilo* (ms. 189 BNM). Un libro de pastores desconocido», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, 6 (2003), pp. 187-132.
- —, «Huellas poéticas del *Abencerraje* en la novela pastoril *La enamorada Elisea*, de Jerónimo de Covarrubias», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación Coreana de Hispanistas* (Universidad de Alcalá, junio de 2002), Alcalá de Henares: Universidad, 2003, pp. 215-227.

- —, «De las lágrimas a la risa: análisis de la decadencia de los libros de pastores», *Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Madrid: Iberoamericana, 2003, pp. 485-498.
- —, «*El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja* (Madrid, 1620), de Jacinto de Espinel Adorno; la experiencia del más allá», *La maravilla escrita. Torquemada y el Siglo de Oro*, León: Universidad, 2005, pp. 273-286.
- —, «Críticas a los libros de pastores en la literatura del Siglo de Oro», en Carlos Mata y Miguel Zugasti (eds.), *Actas del congreso «El Siglo de Oro en el nuevo milenio»*, Pamplona: Eunsa, 2005, tomo 1, pp. 393-404.
- —, «Los relatos insertos en la *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, de doña Ana Francisca Abarca de Bolea», *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. «Las dos orillas»*, México: Fondo de Cultura Económica-Asociación Internacional de Hispanistas-Tecnológico de Monterrey-El Colegio de México, 2007, pp. 63-76.
- CHEVALIER, Maxime, «La *Diana* de Montemayor y su público en la España del siglo XVI», en *Creación y público en la literatura española*, ed. J.F. Botrel y S. Salaün, Valencia: Castalia, 1974, pp. 40-55.
- CULL, John T, «Los espacios de la maravilla en los libros de pastores españoles», en Ignacio Arellano (ed.), *Loca ficta: los espacios de la maravilla en la Edad Media y Siglo de Oro*, Madrid: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2003, pp. 165-188.
- FOSALBA VELA, Eugenia, *La Diana en Europa. Ediciones, traducciones e influencias*, Barcelona: Universidad, 1994.
- GARCÍA CARCEDO, Pilar, *La Arcadia en el Quijote. Originalidad en el tratamiento de seis episodios pastoriles*, Bilbao: Ediciones Beitia, 1996.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, «La literatura pastoril y Cervantes: El caso de *La Galatea*», en *Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Madrid: Anthropos, 1990, pp. 159-174.
- MONTERO, Juan, «La *Clara Diana* (Épila, 1580) de fray Bartolomé Ponce y el canon pastoril», *Criticón*, 61 (1994), pp. 69-80.
- PARKER, Alexander A., *La filosofía del amor en la literatura española 1480-1680*, Madrid: Cátedra, 1986.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**